

Gilles Clément

# LA SABIDURÍA DEL JARDINERO



GG

[www.ggili.com](http://www.ggili.com)

Editorial Gustavo Gili, SL  
Via Laietana 47, 3<sup>o</sup>2<sup>a</sup>, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61  
[www.ggili.com](http://www.ggili.com)

Gilles Clément

# LA SABIDURÍA DEL JARDINERO

[www.ggili.com](http://www.ggili.com)

Traducción de Cristina Zelich

**GG**

Título original: *La Sagesse du Jardinier*, publicado originalmente por Éditions JC Béhar, París, 2004.

Edición a cargo de Moisés Puente  
Diseño de la colección: Setanta  
Revisión de estilo: Iñaki Domínguez Gregorio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Les Éditions du 81, París, 2012  
© de la traducción: Cristina Zelich  
y para esta edición:  
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2021

*Printed in Spain*  
ISBN: 978-84-252-3313-5  
Depósito legal: B. 8752-2020  
Impresión: agpograf impressors, Barcelona

Este libro se ha impreso sobre papel fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible y beneficiosa para las personas. También para generar un menor impacto, hemos dejado de retractilar nuestros libros. Con estas medidas, queremos contribuir al fomento de una forma de vida sostenible y respetuosa con el medio ambiente.

# Índice

Visita al jardín

7

Maestros y guías

25

Jardinería planetaria

39

¿Es el árbol capitalista?

55

Conceptos, conceptualizadores

69

Enseñanza

85

Firma

99



## Visita al jardín





El mundo de los jardines incluye a los jardineros. Sin ellos nada existiría. Pero aglutina a su alrededor a los difusores, los propagandistas, los emprendedores, los proveedores, los periodistas y a todo un conjunto erudito de personas —preparadas para referirse a él—, que denominamos *amateurs* (de *amare*, amar).

El *amateur* de los jardines no es un diletante cualquiera. Profundiza, viaja, compara, se informa, asiste a muestras, coloquios y simposios, se forja una opinión, cultiva su saber y lo perfecciona. Es un sabio. Actualmente, la palabra “pasión” ocupa, sin matices, el extenso abanico de los placeres del espíritu. Atenuado por el uso, el término *amateur* designa hoy una categoría no profesional, por tanto, superficial, incapaz de llegar al meollo de la cuestión. El *amateur* de jardines es una excepción.

El *amateur* no es forzosamente jardinero. El jardinero no sabría ser *amateur* de su propio arte; está inmerso en él. No existe el jardinero *amateur*, pero sí *amateurs* de jardines.

En un momento u otro, unos y otros confluyen para realizar una visita al jardín. El jardinero ofrece su experiencia y el *amateur* la organiza de inmediato en sus archivos personales. El *amateur* detenta informaciones suficientes (y los sueños que las acompañan) para emprender él mismo la visita a un jardín desconocido, y comentarla.

Interrogado sobre lo que ve, el *amateur* habla del espacio y de las especies que en él crecen. En cualquier circunstancia, despliega sus talentos de botánico —¿botánico del ornamen-

to?—, y ningún aspecto de la flora de los jardines le resulta desconocido. Describe minuciosamente las plantas, menciona su grado de rareza, las dificultades para dar con ellas en el mundo, transportarlas y aclimatarlas adecuadamente.

Un público atento constituye una de las mejores condiciones para su desarrollo. Si nada interrumpe el discurso, si nada rompe la burbuja encantada en la que el *amateur* guía, protege y nutre su emoción, es posible que se llegue a la Historia y su despliegue. Entonces, en el jardín, el *amateur* especialmente iluminado por un ardor interno, que va de un indicio a otro, descubre las ruinas de Babilonia, una colina sagrada donde recuerda a los filósofos helénicos, un estanque mogol olvidado por Alejandro Magno en la parte baja de un pequeño valle, un pórtico mudéjar donde Boabdil suspiró al abandonar la Alhambra, y así hasta terminar con todas las citas.

Agotado, el *amateur* llegará a las conclusiones, feliz al poder anunciar la fecha de una visita futura: pronto llegará el turno del jardín del señor y la señora fulanos de tal; muy resguardado, incluso inaccesible, un privilegio. Excepcionalmente, los propietarios han aceptado recibirlo, se le permite hacer fotos siempre y cuando no se publiquen, etc. Se pronunciarán exclamaciones de éxtasis.

Toda mi admiración hacia el señor y la señora fulanos de tal, quienes —lo sé de otras fuentes— no se sienten del todo molestos por enseñar su obra maestra, asegurando, sin embargo, que es el peor momento del año: “¡Ah, si hubieran venido hace un mes!”.

En ese caso, el *amateur* no cede. Arranca con un discurso sobre la meteorología.

La sequía, las ventoleras, los tornados, las heladas, las nubes y el santoral constituyen una fuente inagotable de desesperanza y estrategias jardineras.

A pesar de que el *amateur* es un experto en todo, no comprende el ritmo de las intemperies. El cielo y sus cambios

competen a toda la humanidad. Cada persona puede contar la aventura que ha sufrido. Compartir las desgracias reúne a los humanos en un frente solidario ante la naturaleza. Cada persona se atribuye una fatalidad, reconociendo al mismo tiempo que la del vecino también es interesante.

Con esta comunión meteorológica termina lo que se denomina, en lengua universal, una “visita al jardín”. La horda con protección ignífuga o impermeable (según el tiempo) se disloca tras deshacerse en agradecimientos.

Parece entonces que todo haya sido dicho.

Por la fuerza de las cosas —por las circunstancias y el oficio— me cuento entre los *amateurs* y los fulanos de tal. Cuando se trata de hacer visitar mi propio jardín, tengo a disposición de los imprudentes “visitantes *amateurs*” una queja cotidiana. El temporal ciclónico del invierno de 1999 me ayuda más allá de cualquier esperanza (en el momento de escribir esto, la sequía del verano de 2003 promete ayuda).

El terreno auvernés occidental en el que crecían interesantes especies umbrófilas parece actualmente un zarzal hirsuto. Aquí, la jardinería tiene un carácter heroico. Basta con nombrar de forma despreocupada algunos supervivientes del desastre, atravesando “con astucia” una galería espinosa, para suscitar en los visitantes un sentimiento de aventura compartida.

Tocado con un sombrero de explorador, armado con unas tijeras de podar, echando mano de un machete al acercarnos a un rosal trepador que de repente se ha vuelto monstruoso, propongo realizar una ecovisita del jardín animada por el ecoguía en el que me he transformado, profiriendo a diestra y siniestra exclamaciones útiles:

Cuidado con el vado, hay sanguijuelas en el agua.

No se acerquen demasiado al perejil gigante, su savia provoca quemaduras al más mínimo contacto (el guía explica de buen

grado el efecto fotosensibilizador del perejil gigante del Cáucaso ofreciendo algunos ejemplos).

O bien, con un tono más evasivo:

La dedalera, al igual que el tejo y la hierba mora, es un veneno agresivo...

La finalidad es aterrorizar amablemente a los visitantes sin que corran riesgo alguno. Mediante esta dosificación de la información, la naturaleza toma forma en sus propias contradicciones, acogedora y cruel, sombría y brillante, capaz de suscitar inquietud y admiración. Lo que interesa a los visitantes no es tanto la vida, sino aquello que la pone en peligro.

¿Qué sucede después de la visita? ¿El guía sigue teniendo energía para convertirse de nuevo en jardinero?

Un rumor ahuyenta a otro: el canto de los pájaros sustituye el parloteo humano. Poco a poco, los animales recuperan su lugar y se muestran. Nos habíamos olvidado de ellos. Legítimamente, ya que se habían escondido.

Sin embargo, creíamos haber agotado el tema al mismo tiempo que el del propio jardín. La flora, el estilo, la arquitectura, el ornamento, la luz, el agua, el tiempo que pasa, el tiempo que hace. No parecía faltarle nada a la descripción. Jardín-objeto destinado al que lo observa como un cuadro. Espacio atractivo para quien lo mantiene como un territorio de continencia. Prolongación legítima de una casa bien fregada. Los demás habitantes, visibles o invisibles, de este entorno vigilado no parecen tener nunca derecho a él.

Los libros sobre jardines no hablan de los animales en libertad, salvo para explicar cómo luchar contra ellos.

De los habitantes naturales no se dice nada. Los libros los omiten obstinadamente y no mencionan los topes de

Babilonia, los escarabajos de Villandry, las libélulas de Versailles, las culebras de la Alhambra. Y a pesar de ello, deben todavía encontrar morada en esos lugares. Sin embargo, ni unos ni otros participan del artificio propio de los jardines. La tradición excluye del territorio ajardinado a todas las especies animales y vegetales vivas que eluden el dominio del jardinero. Los seres vagabundos no tienen lugar en él.

El advenimiento ecológico trastoca esta visión. En su esencia, se refiere a toda la naturaleza y no al jardín en particular. Sin embargo, el jardín está hecho de naturaleza. Pájaros, hormigas, setas, insectos y semillas ligeras no conocen las fronteras entre el territorio civilizado y el espacio salvaje. Para ellos, todo es habitable.

El aporte incesante de especies móviles representa una energía considerable contra la cual la lucha jardinera ha de transformarse en guerra. Armas no faltan. Son lo principal que tienen las tiendas reputadas en defender al jardín, aunque en realidad lo ataquen. En una de las primeras estanterías se encuentra una asombrosa panoplia de productos destinados a la erradicación de hormigas, ratones, babosas, pulgones, arañas rojas, moscas blancas, cochinillas, nematodos, etc.

En el jardín de mi infancia, había que cumplir las reglas: seguir sin discusión las instrucciones comerciales. Teníamos que ahumar, pulverizar, quemar, deshierbar, tratar de todos los modos posibles la naturaleza rebelde, caóticamente imaginativa.

Aprendí a intimidar a los topos con botellas de culo roto, hundidas en el suelo, con el cuello al viento, para así producir sonidos que hiciesen huir al animal. El césped erizado, convertido en terreno minado, ocasionó algunos accidentes. Sobre todo, atrajo los sarcasmos de los admiradores de *greens* que veían en aquella obra maestra una lastimosa declinación del *arte povera*.

COMPRA EL LIBRO EN TU LIBRERÍA HABITUAL  
O EN LA TIENDA ONLINE DE LA EDITORIAL:

<https://ggili.com/la-sabiduría-del-jardinero-clément-libro>



[www.ggili.com](http://www.ggili.com)